

LIBROS, REVISTAS Y OTRAS NOVEDADES

NICOLAS CAPARROS

(autor):

Psicopatología analítico vincular

Tomo II. Quipú Ediciones. Madrid, 1992

A finales de 1992 aparece el Tomo II de la "Psicopatología Analítico Vincular" de Nicolás Caparrós. Era un texto esperado desde que a principios del pasado año viera la luz el primero de una trilogía que habrá de cerrarse con otro dedicado a las psicosis.

Si el Tomo I intentaba anudar una psicopatología psicoanalítica de raigambre genética y estructural, que partiendo de la psicogénesis diera cuenta de las estructuras y niveles de complejidad alcanzados, es decir, si el Tomo I llegaba a proponer los Núcleos Básicos de la Personalidad como organizadores de la comprensión psicopatológica del sujeto, en este Tomo II asume el autor la tarea de diseccionar la complejidad interna de esos núcleos que será sucesivamente descrita como cuadros psicopatológicos pertenecientes al Síndrome Esquizoide, Confuso y Depresivo. Propone, pues, una nosografía y aspira a delimitar cada uno de los cuadros, como otros tantos posibles avatares del desarrollo del sujeto (más allá de estos corsés orientativos, las irrepitibles biografías).

A mi modo de ver, tres son los ejes básicos que articulan esta labor:

De una parte, el Núcleo de Personalidad, que otorga al sujeto un marco relativamente estable de regulación interna y un estilo relacional consistente (sesgando sus valencias narcisistas y objetales, subrayando ciertas vivencias de angustia y priorizando el uso de ciertos mecanismos de defensa primarios).

De otra parte, la impronta y modalidad de "presentación del padre" (a su sombra

queda la cualidad de una función materna —en términos de yo auxiliar accesible, continente, nutricional y organizador— que debe saldarse con una relativa consistencia interna que libre al sujeto de una estructura psicótica). La virtualidad o efectividad en sus múltiples variantes de dicha "presentación" marca, desde el referente externo de la oferta vincular, el nivel de complejidad interna al que tiene acceso el sujeto: de las relaciones diádicas a las triádicas, el acceso más o menos pleno al símbolo, en este continuo psicopatías-neurosis.

Por último, el grado de fusión o defusión pulsional, y con ella la conflictiva predominante alrededor de la pulsión agresiva o sexual.

En el Tomo I, describía y utilizaba el autor un modelo genético-estructural del mundo interno, muy útil tanto para la comprensión psicopatológica como para la orientación psicoterapéutica, que en este Tomo II aquilatará a cada cuadro.

Se trata de visualizar la discontinuidad y articulación dinámica entre **Objetos Sí mismo, Objetos Internos y Objetos Externos**. El primer topos se refiere a la entidad Self, que no puede comprenderse sino como agregado ordenado en el tiempo de introyectos que configuran lo más íntimo del sujeto, aquello **en** lo que se reconoce, el espacio de las **sensaciones**. El segundo topos comprende los introyectos que advienen con relativa exterioridad al Self y **con** los que el sujeto se reconoce, en su doble función de imagos internas —agentes de **reminiscen-**

cias— y agentes de control —Ideal del yo, Superyó—. El tercer topos alcanza a aquellos objetos interlocutores desde la exterioridad, mediados por la **percepción**, objetos **por** los que el sujeto se reconoce. Dicho mundo interno está animado de fantasías, vivencias y ansiedades, dinamizado por el motor pulsional, acotado e interpelado por los objetos externos objetivos.

La metodología de la exposición resulta muy acertada y es de agradecer la didáctica con la que el autor transmite su gran experiencia clínica. Los distintos cuadros tienen una doble ubicación. En primer término con relación al síndrome genérico de referencia (esquizoide, confuso o depresivo), para después situarlo dentro de las patologías de rai-gambre preedípica o edípica —vale decir, psicopática o neurótica—. Cada uno de los tres síndromes será introducido: "Descrita de manera genérica la patología de este núcleo, es decir, aquellos lugares en donde presenta debilidades y excesos, puede resumirse como sigue..."

En el Tomo I recogía el autor fragmentos clínicos que ejemplificaban —sin distinguir allí mayores concreciones de cuadro— cada cuadro. En este Tomo II, los fragmentos clínicos refieren y ejemplifican las cualidades específicas de cada cuadro. Cada entidad clínica será introducida conceptualmente y posteriormente investigado con uno o varios fragmentos o historiales de casos, salpicados de cuñas explicativas que subrayan los puntos nodulares del cuadro.

Algunas entidades psicopatológicas tienen en el texto una amplia introducción, que incluye una discusión histórica crítica que permite acotar la dimensión y alcance de los términos, referir distintas claves del cuadro y ubicarlas de modo que justifique la posición teórica del autor frente a esa entidad psicopatológica. Tal es el caso de las neurosis de angustia, fóbica e histérica.

Respecto de los cuadros neuróticos del núcleo esquizoide, dice el autor: "el núcleo esquizoide, si ha de entenderse como una de las posibles evoluciones hacia la normalidad del sujeto, debería contar con su neurosis... pienso que es aquí más que nunca,

donde nos resentimos de haber acuñado las neurosis según el modelo de la histeria". Las neurosis de angustia son perfiladas como "cuadros angustiosos de estado... con estructuras de verdaderas neurosis". Caparrós diferencia aquí las transitorias descompensaciones angustiosas de cualquier neurosis, de ciertos cuadros neuróticos en los que la angustia no cristaliza en síntomas que la empapan (por conversión, aislamiento, desplazamiento), permaneciendo irreductible y orientando la actividad vital del sujeto y su modo de estar con los otros. Una angustia de valencia persecutoria. Muy interesante resulta la constatación clínica de ofertas vinculares en estos cuadros: Una madre fállica o distante, con escasa capacidad continente, y un padre tierno (soporte de los afectos) aunque débil. La neurosis hipocondríaca va a suponer un destino distinto, con la cristalización de la angustia en el cuerpo, que va a ser evaluado como un objeto interno persecutorio ("yo y mi cuerpo", en lugar de "yo: mi cuerpo").

"Rellenar" este espacio de la nosografía le ha llevado al autor tiempo de maduración, y creo que la intersección de "lo esquizoide" con "lo neurótico" merecería ser atendido en publicaciones posteriores; en todo caso, la disección de estos cuadros exige y redundará en una más profunda comprensión del problema de la angustia.

El tema de la angustia vuelve a merecer un delicado tratamiento al referirse Caparrós a la neurosis fóbica. Para diferenciar estas vivencias angustiosas de las de raíz esquizoide hace una doble acotación: En primer término la valencia catastrófica frente a la persecutoria; de otra parte, mientras "el objeto fóbico repele y fascina al mismo tiempo" y por lo tanto hay un conflicto de distancia de acercamiento-huida, las experiencias agorafóbicas, claustrofóbicas, miedo a la oscuridad o a los espacios no vistos (de raíz esquizoparanoide) merece una respuesta neta de editación. Angustia en catástrofe-fusión (de pulsiones, self-objetos idealizados) en un caso, angustia en persecución-retaliación en otro; la angustia reparadora de caos con eventuales efectos de vuelta de

la agresión contra sí mismo, frente a la angustia vivida desde un self receloso que se protege o estalla en rabia narcisística. Y "una presentación del padre clara e inequívoca" por la que entra en escena una figura paterna castradora (recuerda el autor al padre del pequeño Hans, tan tiernamente querido como intruso odiado y temido), allí donde en las neurosis esquizoides aleteaba un padre soporte de afectos pero de vida.

El lector puede aprovecharse del vasto conocimiento que el autor ostenta del pensamiento Freudiano y la literatura psicoanalítica, contrapuntado en ciertos momentos por la evolución de las ideas psiquiátricas y una siempre deseable consistencia epistemológica. Todo ello se resume, por ejemplo, en la larga introducción sobre la histeria que, tras resumir la teoría freudiana, acaba con un párrafo con el que cedo a la intención de transcribir: "Tras la gestación de una histeria existe un complejo de Edipo mal resuelto por parte al menos de uno de los progenitores: ese abuelo materno que se erige, intocable, en las fantasías de ella y que se reencarna en el bebé; esa abuela paterna nunca desplazada a la pareja, que revive en la niña en una especie de segunda oportunidad. En cierto modo, los padres del histérico son también niños a los que los años envejecieron dejando en su interior, cris-

talizadas, fantasías intemporales que aguardan su ocasión".

Como se apuntaba ya en el tomo I, la personalidad agresiva ha sufrido, con la maduración teórica del autor (y las acertadas críticas de Carlos R. Sutil), una reubicación nosográfica, efecto de una más acabada comprensión de la pulsión agresiva: es presentada ahora como patología preedípica del núcleo esquizoide (y no confuso como en anteriores escritos), articulada a expensas de una débil represión de la pulsión agresiva, voracidad incontinida que estalla con rabia narcisista que asesta, como acto de apropiación destructiva y reafirmadora, al objeto externo, aspirando a defender un self vacilante.

Creo, para terminar, que la obra merece una atenta lectura y una lenta digestión. Puede jugar la baza de ser manual de psicopatología psicoanalítica, sin en el fondo serlo, y estimo que se debería huir de una "Redondez" excesiva de la nosografía que conduce, inevitablemente, a reedificar los modelos y "encajar" al sujeto en el cuadro. Como si de un continente real se tratara: los "restos" corren el peligro de engrosar las resistencias o incomprensiones del analista o la impotencia creadora del analizando.

Oscar ALVAREZ